

Comunismo

David Graeber

2021

Índice general

Comunismo mítico	4
Comunismo cotidiano	14
El comunismo como cooperación . . .	16
El comunismo como socialidad de base	19
Conclusiones	22
Otras lecturas	27

El comunismo se puede dividir en dos variedades principales, que llamaré comunismo «mítico» y «cotidiano». Podrían denominarse fácilmente versiones «ideales» y «empíricas» o incluso «trascendentes» e «inmanentes» del comunismo.

El Comunismo mítico (con C mayúscula) es una teoría de la historia, de una sociedad sin clases que una vez existió y se espera que algún día regrese. Es notoriamente mesiánico en su forma. También se basa en una cierta noción de totalidad: una vez hubo tribus, algún día habrá naciones, organizadas enteramente sobre principios comunistas: es decir, donde la ‘sociedad’ —la totalidad misma— regula la producción social y por lo tanto las desigualdades de la propiedad no existirá.

El comunismo cotidiano (con una c minúscula) solo puede entenderse en contraste rechazando tales marcos totalizadores y examinando la práctica cotidiana en todos los niveles de la vida humana para ver dónde está el principio comunista clásico de ‘de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades’ se aplica realmente. Como expectativa de ayuda mutua, el comunismo en este sentido puede verse como el fundamento de toda la socialidad humana en cualquier lugar; como principio de cooperación, surge espontáneamente en tiempos de crisis; como solidaridad,

subyace a casi todas las relaciones de confianza social. El comunismo cotidiano, entonces, no es un organismo regulador más amplio que coordina toda la actividad económica dentro de una sola «sociedad», sino un principio que existe en y hasta cierto punto forma la base necesaria de cualquier sociedad o relaciones humanas de cualquier tipo. Incluso el capitalismo puede verse como un sistema para gestionar el comunismo (aunque es evidente que en muchos sentidos es profundamente defectuoso). Permítanme tomar cada uno de estos por turno.

Comunismo mítico

Esta es una idea de una sociedad que existió una vez o que podría existir en algún momento en el futuro, que está libre de todas las divisiones de propiedad y donde todas las cosas son compartidas en común. En segundo lugar, se refiere a experimentos sociales, a menudo de inspiración religiosa, que intentan recrear tales arreglos a menor escala en la actualidad. Por último, el término se ha aplicado de forma más vaga a los movimientos o regímenes políticos de masas que pretenden crear una sociedad así en el futuro.

Los movimientos sociales que pretendían abolir todas las divisiones de propiedad se atestiguan ocasionalmente para el mundo antiguo, desde la ‘Escuela de los labradores’ china (c. 500 a. C.) hasta los mazdakitas persas (c. 500 d. C.), al igual que grupos sectarios más pequeños (como ciertos grupos de esenios) que formaron comunidades utópicas basadas en principios comunistas. Debido a la naturaleza muy limitada de nuestras fuentes, es extremadamente difícil establecer cuán comunes fueron realmente esos movimientos, y mucho menos obtener una imagen precisa de sus objetivos e ideologías. La mayor parte de la historia de la humanidad, especialmente la historia de África, el Pacífico y las Américas, simplemente la hemos perdido. Sin embargo, estas son precisamente las partes del mundo donde estos movimientos probablemente hayan tenido mayor difusión y éxito. Muchas de las sociedades notoriamente igualitarias de la Amazonía y América del Norte, por ejemplo, vivían en tierras que, siglos antes, habían visto complejas civilizaciones urbanas. ¿Son mejor vistos como refugiados del colapso de esas civilizaciones o como descendientes de los rebeldes que las derrocaron? Si es lo último, ¿podría esto sugerir que sus ideas y prácticas con respecto a la tierra, la naturaleza y la propiedad (que inspiraron mu-

chas de las primeras concepciones europeas del «comunismo primitivo» en primer lugar) son en sí mismas ideologías revolucionarias exitosas de generaciones pasadas? Parece probable, pero simplemente no lo sabemos. Incluso los cazadores-recolectores africanos como los !Kung, Hadza o Pigmeos, a menudo tratados como fósiles vivientes del Paleolítico, o pastores igualitarios como los Nuer o Maasai, viven en áreas donde ha habido agricultores, estados y reinos durante miles de años. No está del todo claro en qué medida su rechazo a los regímenes de propiedad individualistas o, para el caso, cualquier otra cosa sobre su organización social se parece realmente a lo que era común en el Paleolítico o cuánto representan un rechazo consciente de los valores de las poblaciones circundantes.

Volviendo a lo que todavía nos gusta llamar, sin una razón particularmente buena, la «tradición occidental», la idea de que las divisiones de propiedad no siempre han existido se repite a menudo en los autores antiguos y parece haberse sostenido comúnmente. Llegó a ser consagrado en el derecho romano a través de ciertos pasajes del *Digesto* de Justiniano que sostienen que las divisiones de propiedad no se basan en las leyes de la naturaleza sino que, como la guerra, el gobierno, la esclavitud y todas las formas de

desigualdad social, surgieron solo más tarde a través del *ius gentium* (derecho de gentes) —esencialmente, los usos de la guerra. Estos pasajes fueron ampliamente discutidos cuando se revivió la ley romana en la Europa occidental del siglo XII, donde se intentó cuadrarlos con los relatos bíblicos del Edén y con las enseñanzas de Jesús, las prácticas de los apóstoles y los escritos de algunos de los primeros tiempos de la Iglesia. Padres (como San Basilio) que se oponían a la propiedad privada de la riqueza. El debate sobre la ‘pobreza apostólica’ que se desarrolló a lo largo del siglo XIII, el más famoso entre franciscanos y dominicos, fue sobre todo sobre la legitimidad de la propiedad privada en sí y la viabilidad de crear una sociedad sin ella. Tales argumentos dentro de la Iglesia se hicieron eco de los de los movimientos religiosos populares —ahora recordados como ‘herejías’— que se volvieron bastante comunes durante la Baja Edad Media en Europa, muchos de los cuales, como los taboritas, cuyos ejércitos llegaron a dominar gran parte de Europa Central en el siglo XV, eran explícitamente comunistas. Movimientos similares de comunismo religioso surgieron en los primeros tiempos de la era moderna, desde los cavadores en Inglaterra hasta los anabautistas en Alemania, casi siempre para ser

duramente reprimidos por las autoridades. Uno puede encontrar un comunismo cristiano similar reflejado en movimientos como los rebeldes de Taiping, que en ciertos momentos controlaron partes sustanciales de la China del siglo XIX.

Es un rasgo notorio de las insurrecciones populares en las sociedades tradicionales que tienden a apelar a una visión utópica de un orden social pasado o a una visión mesiánica de una sociedad futura mostrada por la revelación divina o, a veces, a ambas. La idea de que hubo un tiempo en que no existían las divisiones sociales (“Cuando Adán araba y Eva hilaba, ¿quién era entonces el caballero?”). Y que ese tiempo vendrá de nuevo se desprende naturalmente de esta visión mesiánica.

No es de extrañar entonces que una visión histórica similar se invocara a menudo dentro de los movimientos obreros del siglo XIX. Fue en este contexto que la palabra ‘comunismo’ se empleó por primera vez en su sentido actual, en algún lugar entre 1835 y 1845. Para Marx, el comunismo era el fin final de la lucha revolucionaria, que se lograría plenamente solo después de un conflicto político indeterminado, y aunque argumentó que en un sentido el comunismo ya era inmanente en la autoorganización de los trabajadores actua-

les contra el capitalismo, vio esa lucha como un proceso continuo cuyo final simplemente no se podía imaginar usando las categorías burguesas que existían en su época. De ahí su notoria negativa a describir cómo podría ser el comunismo. En el único y famoso caso en el que incluso se acercó a tal descripción, en *La ideología alemana*,¹ ni siquiera intentó una visión de ciencia ficción, sino que prefirió recurrir a imágenes claramente inspiradas en el ‘comunismo primitivo’ una vez más:

Tan pronto como comienza la división del trabajo, cada hombre tiene una esfera de actividad particular y exclusiva que se le impone y de la que no puede escapar. Es cazador, pescador, pastor o crítico y debe seguir siéndolo si no quiere perder su medio de vida; mientras que en la sociedad comunista, donde nadie tiene una esfera exclusiva de actividad, pero cada uno puede realizarse en la rama que desee, la

¹ Hay que decir que el libro *La ideología alemana* atribuido a Marx y Engels, como sabemos actualmente, en realidad es una compilación más o menos arbitraria de la mano de los editores de las obras completas de Marx, y nunca hubo intención de que tal libro existiese por parte de Marx y Engels. Cf. www.welt.de [Nota de la traductora].

sociedad regula la producción general y así me permite hacer una cosa hoy y otra mañana, cazar por la mañana, pescar por la tarde, criar ganado por la noche, criticar después de la cena, tal como tengo en mente, sin convertirme nunca en cazador, pescador, pastor o crítico.

Obviamente, todo esto es una forma de hablar; Marx no estaba sugiriendo que después de la revolución la mayoría de la gente pasaría su tiempo ocupada principalmente en la caza y la pesca, aunque podría haber usado esos ejemplos para sugerir que, bajo el comunismo, la división artificial que hacemos entre trabajo (doloroso) y el ocio (placentero) ya no tendría mucho sentido. Su punto real aquí es que lo que llamamos «propiedad privada», «la división del trabajo» y la «desigualdad social» son, en última instancia, lo mismo; y una sociedad libre, por lo tanto, solo podría ser una que los aboliera a los tres. Por eso insistió en que bajo el comunismo nos convertiríamos, como él mismo dijo, en un Ser Genérico [*Species Being*], definido solo por nuestra humanidad común, en lugar de dividirnos en diferentes tipos de personas que hacen cosas diferentes. Una manifestación práctica de esto tendría que

ser una en la que todos seamos libres de avanzar y retroceder entre roles, incluso, aparentemente, roles de género, ya que Marx comienza su discusión sobre la división del trabajo con la división entre hombres y mujeres; pero, al apelar a una visión primitiva obviamente fantasiosa, Marx evita intencionalmente incluso especular sobre cómo podría funcionar esto realmente.

Sobre todo, para Marx, el comunismo significaba superar la alienación producida por los regímenes de propiedad, por la cual nuestras propias acciones regresan a nosotros en formas extrañas e irreconocibles, haciendo imposible que los seres humanos creen juntos un mundo en el que realmente quisiéramos vivir:

El comunismo como trascendencia positiva de la propiedad privada como autoextrañamiento humano y, por tanto, como apropiación real de la esencia humana por y para el hombre; el comunismo, por tanto, como el retorno completo del hombre a sí mismo como ser social (es decir, humano), un retorno logrado conscientemente y que abarca toda la riqueza del desarrollo anterior. Este comunismo, como naturalismo plenamente desarro-

llado, equivale al humanismo, y como humanismo plenamente desarrollado equivale al naturalismo; es la resolución genuina del conflicto entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre; la verdadera resolución de la contienda entre existencia y esencia, entre objetivación y autoconfirmación, entre libertad y necesidad, entre individuo y especie. El comunismo es el enigma de la historia resuelto, y se sabe que es esta solución.

Después de la publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels en 1848, la palabra llegó a identificarse de manera casi indeleble con su proyecto político específico y el análisis teórico igualmente específico de clase, capitalismo, trabajo y explotación sobre el que se construyó. No obstante, pasó algún tiempo antes de que «comunista» se convirtiera simplemente en una palabra para una especie de marxista. Por ejemplo, el término «comunista libertario» se usaba a menudo como sinónimo de «anarquista». Durante gran parte del siglo XIX, las referencias a los ‘comunistas’ en la literatura dominante probablemente no se referían ni a los marxistas ni a los anarquistas,

sino simplemente a los proponentes y creadores de comunas o experimentos utópicos similares (“comunidades intencionales” como se llamarían hoy en día) una forma de acción política casi uniformemente desdeñada por los marxistas. Un buen ejemplo de este uso es el famoso estudio de Charles Nordhoff, *The Communist Societies of the United States*, publicado en 1875. Este uso de “comunismo” nunca desapareció por completo, y ha regresado en ensayos como *Call* y *The Coming Insurrection* por el *Comité Invisible* hoy, donde “comunismo” se usa para referirse simplemente a la organización interna de las comunas.

Con el éxito de la revolución rusa, este énfasis cambió en gran medida, y en el transcurso del siglo XX el término “comunismo” se ha utilizado cada vez más para referirse a la ideología de los partidos comunistas y luego, por extensión, a lo que llegó a conocerse por sus oponentes en la Guerra Fría como «regímenes comunistas». Como resultado, para muchos, si no la mayoría de la población mundial, «comunismo» ha llegado a significar «el sistema económico que prevaleció bajo las economías de mando de la ex Unión Soviética y sus aliados, la China maoísta y otros regímenes marxistas». Hay una profunda ironía histórica aquí, ya que ninguno de esos regímenes afirmó haber

alcanzado realmente el comunismo como ellos mismos lo definieron. Se refirieron a sus propios sistemas más bien como “socialistas”, que encarnaban un período de transición de la dictadura del proletariado que solo se transformaría en comunismo real en algún momento no especificado en el futuro, cuando el avance tecnológico, una mayor educación y prosperidad eventualmente conducirían al marchitamiento del estado.

Comunismo cotidiano

La frase “socialismo realmente existente” fue acuñada como un término de crítica: los revolucionarios socialistas hablaban incesantemente de los regímenes que deseaban crear, pero en casi ningún caso deseaban que sus visiones fueran juzgadas por los logros reales de los regímenes que se referían a sí mismos como “socialistas”. Esto plantea la pregunta: ¿es posible hablar de comunismo “realmente existente”? Si vemos las cosas dentro de un marco estatista y buscamos alguna unidad que pueda ser designada como una «sociedad» organizada sobre principios comunistas, entonces claramente la respuesta tendría que ser no. Sin embargo, este no es el único enfoque posible. Prefiero identificar

un principio que, en combinación con otros, se puede encontrar en todas las sociedades humanas en un grado variable. Por su carácter mundano, que lo hace casi invisible a la mirada normal, lo llamo «comunismo cotidiano».

Para ello, parece mejor partir de la definición clásica de comunismo —“de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades”— y luego examinar aquellas formas de organización o relaciones humanas que se organizan según ese principio, dondequiera que uno los encuentre. El origen de esta frase, por cierto, es interesante. Se le atribuye ampliamente, pero incorrectamente, a Karl Marx. Parece haber sido una consigna corriente en el movimiento obrero francés de las primeras décadas del siglo XIX; y aparece impreso por primera vez en un libro titulado *L'Organisation du travail* del agitador socialista Louis Blanc en 1839. Blanc lo utilizó para describir los principios organizativos de los “talleres sociales” que deseaba que el gobierno estableciera como una nueva base para industria.

Marx solo retomó la frase mucho más tarde, en su *Crítica del programa de Gotha* en 1875, y la usó a su manera idiosincrásica: porque la situación que imaginaba se apoderaría de la sociedad en su conjunto una vez que la tecnología hubiera alcanzado el punto que pu-

diese garantizar la abundancia material absoluta, posibilitando así la auténtica libertad humana. Sin embargo, la idea de que el comunismo en el sentido de Louis Blanc, como cierta forma de coordinar el trabajo o la actividad humana, pueda existir en cualquier sociedad humana, no es del todo nueva. Peter Kropotkin, por ejemplo, a quien a menudo se hace referencia como el fundador del “comunismo anarquista”, en *El apoyo mutuo* (1902) implica algo muy parecido cuando escribe que el comunismo podría verse mejor simplemente como cooperación humana: y la cooperación es la base última de todos los logros humanos y, de hecho, de la vida humana. Sin embargo, lo que estoy sugiriendo tiene un alcance aún más amplio.

El comunismo como cooperación

Esta es la forma en que casi todo el mundo se comporta si está colaborando en algún proyecto común. Al menos lo hacen, a menos que haya alguna razón específica para no hacerlo: por ejemplo, una división jerárquica del trabajo que dice que algunas personas toman café y otras no. Si alguien que arregla una tubería de agua que se ha roto y dice «pásame la llave inglesa», su compañero de trabajo generalmente no dirá

“¿y qué obtengo yo por ello?” incluso si trabajan para Exxon-Mobil, Burger King o Goldman Sachs. La razón, irónicamente, dada la sabiduría convencional de que “el comunismo simplemente no funciona”, es la simple eficiencia: si realmente te importa hacer algo, asignar las tareas por capacidad y dar a las personas lo que necesitan para hacer el trabajo es obviamente lo más forma eficiente de hacerlo. Lo que esto significa, por supuesto, es que las economías de mando, que ponen a las burocracias gubernamentales a cargo de coordinar todos los aspectos de la producción y distribución de bienes y servicios dentro de un territorio nacional determinado, tienden a ser mucho menos eficientes que otras alternativas disponibles. En vista de esto, es difícil imaginar cómo podrían haber existido estados como la Unión Soviética, y mucho menos mantenerse como potencias mundiales. La respuesta es que incluso las burocracias más totalitarias solo pueden funcionar mediante la interpretación informal de las reglas y la cooperación entre las personas que trabajan en ellas (véase *Economía informal*).

Incluso se podría decir que es uno de los escándalos del capitalismo que la mayoría de las empresas operen internamente sobre principios comunistas. Es cierto que tienden a no operar de manera particularmente de-

mocrática. La mayoría de las veces están organizadas por cadenas de mando de arriba hacia abajo de estilo militar. Pero aun así, a menudo hay una tensión interesante aquí, porque en realidad, las cadenas de mando de arriba hacia abajo no son realmente muy eficientes (tienden a promover la estupidez entre los de arriba, el resentimiento entre los de abajo). Cuanto más hay que improvisar, mayor es la necesidad de cooperación democrática. Los inventores siempre lo han sabido y los capitalistas de la puesta en marcha y los ingenieros informáticos han redescubierto recientemente el principio: no solo con cosas como el software gratuito, del que todo el mundo habla, sino incluso en la organización de sus negocios. Apple Computers es un ejemplo famoso: fue fundada por ingenieros informáticos (en su mayoría republicanos) que rompieron con IBM en Silicon Valley en la década de 1980, formando pequeños círculos democráticos de veinte a cuarenta personas con sus computadoras portátiles en los garajes de los demás.

Presumiblemente, esta es también la razón por la que, inmediatamente después de grandes desastres — una inundación, un apagón, una revolución o un colapso económico— la gente tiende a comportarse de la misma manera, volviendo a una especie de comu-

nismo rudo y listo. De repente, aunque sea por poco tiempo, las jerarquías, los mercados y cosas por el estilo se convierten en lujos que nadie puede permitirse.

El comunismo como socialidad de base

Cualquiera que haya vivido un momento así puede hablar de sus cualidades peculiares, la forma en que los extraños se convierten en hermanas y hermanos y la propia sociedad humana parece renacer. Esto es importante porque no estamos hablando simplemente de cooperación. De hecho, el *comunismo es la base de toda sociabilidad humana*. Eso es lo que hace posible la sociedad. Siempre existe la suposición de que se puede esperar que cualquier persona que no sea realmente un enemigo actúe según el principio de “de cada uno según sus habilidades...” al menos hasta cierto punto: por ejemplo, si necesita averiguar cómo llegar a algún lugar y una persona tiene la capacidad de darte direcciones, entonces lo hará.

La conversación es un dominio particularmente predisuesto al comunismo. Esto no es para negar la importancia de las mentiras, los insultos, las humillaciones y otros tipos de agresión verbal, pero la mayoría de ellos se basan en una presunción de comunismo, en

el sentido de que un insulto no duele a menos que asuma que la gente normalmente toma los sentimientos de los demás en consideración; y es imposible mentirle a alguien que normalmente no espera que usted diga la verdad. Sin duda, es significativo que, cuando realmente deseamos romper relaciones amistosas con alguien, dejamos de hablarle por completo. Lo mismo ocurre con las pequeñas cortesías como pedir prestado un encendedor o incluso un cigarrillo. En tales casos, los costos de suministro se consideran claramente tan mínimos que cumplimos sin siquiera pensar en ello. Lo mismo ocurre si la necesidad de otra persona, incluso la de un extraño, es espectacular y extrema: si se está ahogando, por ejemplo. Si un niño se ha caído en las vías del metro, asumimos que cualquiera que sea capaz de ayudarlo a levantarse lo hará.

A esto lo llamo “comunismo de base”, el entendimiento de que el principio de “de cada uno según sus capacidades, a cada uno según a sus necesidades” se aplicará, a menos que las personas se consideren tan completamente enemigas entre sí y si la necesidad se considera lo suficientemente grande o el costo lo suficientemente razonable. Por supuesto, diferentes comunidades aplican estándares muy diferentes a la pregunta de qué es una necesidad razonable: en un en-

torno urbano impersonal, podría limitarse a encendedores y direcciones; en muchas sociedades humanas, una solicitud directa de alimentos o de algún otro artículo de consumo común puede ser imposible de rechazar. Esto es especialmente cierto en el caso de los tipos de alimentos más ordinarios y cotidianos, que en muchas sociedades, por esta misma razón, se convierten en formas de mantener las fronteras sociales: como por ejemplo en muchas sociedades europeas y del Medio Oriente donde prevalecían las enemistades de sangre, los hombres vacilarían comer pan y sal con rivales potenciales porque, si lo hicieran, ya no estaría permitido dañar a esa persona.

De hecho, compartir la comida todavía se considera la base de la moralidad, pero, por supuesto, también es una de las principales formas de placer (¿quién realmente querría comer una comida deliciosa en soledad?). En la mayoría de los lugares, las fiestas se consideran la cúspide de la sociabilidad. Los elaborados juegos, concursos, competencias y representaciones que marcan una fiesta popular, son, como las estructuras de intercambio que caracterizan a la sociedad misma, construidas sobre una especie de base comunista. En este caso, la experiencia de la convivencia compartida no es solo la base moral de la sociedad, sino tam-

bién su fuente más fundamental de placer. Los placeres solitarios siempre existirán sin duda, pero para la mayoría de los seres humanos, incluso ahora, las actividades más placenteras casi usualmente involucran compartir algo: música, comida, licor, drogas, chismes, teatro, cama. Por tanto, existe un cierto comunismo de los sentidos en la raíz de la mayoría de las cosas que consideramos divertidas.

Conclusiones

La sociología del comunismo cotidiano es un campo potencialmente enorme acerca del cual, debido a nuestras peculiares anteojeras ideológicas, no hemos podido escribir, porque en gran parte no hemos podido ver el objeto. Marcel Mauss, por ejemplo, habló de “comunismo individualista”, como el que existe entre parientes cercanos como las madres y sus hijos, generalmente hermanos, pero también entre amigos cercanos o hermanos de sangre. En este sentido, cualquier “sociedad” podría imaginarse como un hilo de interminables redes comunistas. En tales relaciones, todo podría compartirse si surge la necesidad. En otras relaciones entre individuos, cada uno se limita a un cier-

to tipo de reclamo sobre el otro: ayudarlos a reparar sus redes de pesca, ayudarlos en la guerra o proporcionar ganado para un banquete de bodas. Aun así, estos pueden considerarse comunistas si el reclamo puede ejercerse siempre que sea necesario. De manera similar, existen grupos dentro de los cuales todos los miembros pueden hacer ciertas reclamaciones ilimitadas de este tipo cuando lo necesiten: sociedades de ayuda mutua, asociaciones de seguros mutuos, etc. Las firmas de seguros modernas son, irónicamente, transformaciones comerciales de un principio esencialmente comunista. Finalmente, cualquier grupo social autoorganizado, desde una corporación hasta un club de fútbol o una cofradía religiosa, tendrá reglas particulares sobre qué tipo de cosas deben compartirse y sobre el acceso colectivo a sus recursos comunes. Por supuesto, esto se refleja en la literatura sobre la gestión colectiva de los bienes comunes, pero es importante tener en cuenta que a menudo, los grupos sociales (comenzando con clanes, pueblos o similares) establecerán reglas completamente artificiales para crear una dependencia comunista mutua. Los antropólogos, por ejemplo, están familiarizados con la existencia de estructuras

de mitades [*moiety structures*²], en las que una comunidad se divide en dos divisiones arbitrarias, cada una de las cuales debe depender de la otra para construir sus casas, proporcionar servicios rituales o enterrar a los muertos de cada uno, simplemente cuando el otro tiene una necesidad.

Las relaciones comunistas existen en una variedad infinita, pero dos características comunes siempre saltan a primer plano. La primera es que no se basan en cálculos. Por ejemplo, a un lado de una aldea iroquesa nunca se le ocurriría quejarse de que habían enterrado a seis de los muertos del otro lado este año y que el otro lado solo había enterrado a dos de los suyos. Esto sería una locura. Cuando llevar cuentas parece una locura de esta manera, estamos en presencia del comunismo. La razón por la que parece ser así es porque todos de-

² En el estudio antropológico del parentesco, una *moiety* (mitad, fracción) es un grupo de ascendencia que coexiste con solo otro grupo de ascendencia dentro de una sociedad. En tales casos, la comunidad suele tener descendencia unilineal, ya sea patrilineal o matrilineal, de modo que cualquier individuo pertenece a uno de los dos grupos de mitades por nacimiento, y todos los matrimonios tienen lugar entre miembros de diferentes mitades. En el caso de un sistema de descendencia patrilineal, esto puede interpretarse como un sistema en el que las mujeres se intercambian entre las dos mitades [Nota de la traductora].

ben morir y es de suponer que los dos lados de la aldea siempre estarán allí para enterrar a los muertos del otro, por lo que llevar las cuentas es obviamente inútil. Esto pone de manifiesto el segundo punto: a diferencia del intercambio, donde las deudas pueden cancelarse inmediatamente, o en un plazo relativamente corto, el comunismo se basa en la presunción de la eternidad. Uno puede actuar de manera comunista con aquellos que trata *como si* siempre existieran, así como la sociedad siempre existirá, incluso si (como con, digamos, nuestras madres) sabemos a un nivel más cerebral que esto no es realmente cierto.

Por tanto, podríamos analizar las relaciones humanas como que tienden a tomar una de estas tres formas: relaciones comunistas, relaciones jerárquicas o relaciones de intercambio. El intercambio se basa en principios de reciprocidad, pero esto significa que las relaciones se cancelan inmediatamente (como en el mercado, cuando hay un pago inmediato) o, finalmente, cuando se devuelve un regalo o se paga una deuda. Las relaciones humanas basadas en el intercambio son intrínsecamente temporales, pero igualitarias al menos en el sentido de que cuando se realiza el pago, las dos partes vuelven a la misma situación. La jerarquía no se basa en un principio de intercambio recíproco, sino más

bien en un precedente: si uno da un regalo a un superior o inferior, es probable que se espere que lo vuelva a hacer en circunstancias similares. La jerarquía se parece al comunismo en que se supone que es permanente y, por lo tanto, tiende a no involucrar el cálculo de cuentas; excepto que el comunismo, por supuesto, tiende a ser decididamente igualitario en su base.

Siguen varias implicaciones radicales. Terminaré con una. Si aceptamos esta definición, nos da una nueva perspectiva del capitalismo: es una forma de organizar el comunismo. Cualquier principio económico ampliamente distribuido debe ser una forma de organizar el comunismo, ya que la cooperación y la confianza intrínsecas a la socialidad básica serán siempre los cimientos de la economía y la sociedad humanas. La pregunta para aquellos de nosotros que sentimos que el capitalismo es una mala forma de organizar el comunismo o incluso una forma finalmente insostenible es ¿cómo sería una forma más justa de organizar el comunismo? Uno específicamente que desalentaría la tendencia de las relaciones comunistas a deslizarse hacia formas de jerarquía. Hay motivos para creer que cuanto más creativa sea la forma de trabajo, más igualitarias tenderán a ser las formas de cooperación. Entonces, quizás la pregunta clave

sea: ¿cómo podemos idear formas de cooperación humana más igualitarias y creativas que sean menos jerárquicas y embrutecedoras que las que conocemos actualmente?

David Graeber

Otras lecturas

Blanc, L. (1839) *L'Organisation du travail*. Au Bureau de Nouveau Monde, Paris. [Primero en decir 'de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades'].

Cohn, N. (1972) *The Pursuit of the Millennium: Revolutionary Millenarians and Mystical Anarchists of the Middle Ages*. Oxford University Press, New York. [Un enfoque clásico, pero crítico de los movimientos comunistas medievales].

Dawson, D. (1992) *Cities of the Gods: Communist Utopias in Greek Thought*. Oxford University Press, Oxford. [Buen resumen para el mundo antiguo].

Graeber, D. (2010) *Debt: The First Five Thousand Years*. Melville House, New York. [Ver Capítulo 2 para el

- comunismo cotidiano en sus diversas manifestaciones].
- Comité invisible (2004) *Call*. US Committee to Support the Tarnac 9, New York. [Reafirmación contemporánea del ‘comunismo’ como comunalismo].
- Kropotkin, P. (1902) *Mutual Aid: A Factor of Evolution*. William Heinemann, London. [Anarco-comunismo clásico, la ‘ayuda mutua’ de Kropotkin se acerca al ‘comunismo cotidiano’].
- Marx, K. and Engels, F. (1846[1970]) *The German Ideology*. International Publishers, New York.
- Marx, K. and Engels, F. (1848[1998]) *Manifesto of the Communist Party*. Penguin, New York.
- Mauss, M. (1990[1925]) *The Gift: Form and Reason of Exchange in Archaic Societies*. Routledge, London. [El ensayo clásico de Mauss introduce la idea de ‘reciprocidad total’, que es el comunismo de c minúscula].
- Morgan, L. H. (1965[1881]) *Houses and House-Life of the American Aborigines*. University of Chicago Press, Chicago. [Etnografía influyente de la vida comunitaria, especialmente para Engels].
- Nordhoff, C. (1875) *The Communistic Societies of the United States*. Harper and Brothers, New York. [Especially good on religious societies].

Priestland, D. (2006) *The Red Flag: Communism and the Making of the Modern.*

World. Allen Lane, London. [The standard recent scholarly history] Testart, A. (1985) *Le Communisme primitif.* Maison des Sciences de l'Homme, Paris. [La mejor versión reciente del 'comunismo primitivo' a la antigua].

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



David Graeber
Comunismo
2021

Traducido desde el original.
Texto correspondiente al capítulo 19 (Pp. 199–210) en
The Human Economy: A Citizen's Guide. Editado por
Keith Hart, Jean-Louis Laville y Antonio David
Cattani. Traducción del original por Tía Akwa.

es.theanarchistlibrary.org